

CONSTRUIR JUNTAS DESDE LA DIVERSIDAD DE CREENCIAS

El Ciclo de formación sobre Laicidad y Derechos Reproductivos, promovido por Somos Muchas, presentó una oportunidad para que feministas hondureñas ampliaran sus conocimientos mediante una serie de módulos y jornadas, las cuales iban orientadas a fomentar su reflexión crítica y el diálogo propositivo sobre la relación entre ambos temas. De tal forma, las participantes pudieron conocer a detalle desde lo más básico como saber las bases del laicismo en Honduras y América Latina y el Caribe hasta comprender a profundidad cómo es que funciona y se financia el entramado neoconservador en distintas partes del mundo.

En mi caso particular, el Ciclo significó replantearme muchos de mis discursos una vez que llegamos al Módulo 2, el cual consistió en los debates sobre el Estado laico y el papel de las iglesias en la sociedad como constructor de las conciencias individuales y colectivas.

Durante años había sido del tipo de persona que resentía mucho el rol de la Iglesia en nuestra sociedad, y cómo esta suele influenciar a los tomadores de decisiones hacia políticas o discursos que violentan los derechos de las mujeres y las personas gestantes, lo cual me afectaba directamente y me hacía tener una opinión muy negativa sobre todo el asunto. Sin embargo, el hacer las lecturas previas, asistir a las dos sesiones de este módulo y escuchar a las compañeras que sí profesan una religión me hizo cambiar de opinión por completo.

La primera lectura que tuvimos que realizar, y que realmente me impactó, fue un extracto de “Fe que se hace pública” de Nicolás Panotto, quien también dirigió la primera jornada del Módulo. Entre lo mucho que me sorprendió de la lectura, me gustaría resaltar lo siguiente:

(...) hacer generalizaciones sobre la génesis y constitución de cualquier actor social -en este caso uno muy importante como es el religioso- impide realizar un análisis certero sobre muchos factores, además de representar una actitud poco sensible en términos democráticos, al imponerse un prejuicio por sobre las singularidades de una identidad, con la vulnerabilidad de derechos que ello conlleva. Enfatizar sólo sobre una de las múltiples caras que puede adquirir una expresión religiosa, es un reduccionismo que no da cuenta de la complejidad del campo y de los innumerables tipos de incidencia que poseen sus actores y comunidades, las cuales son en muchos casos antagónicas. ¡También hallaremos dentro de los espacios religiosos las mismas tensiones que encontramos en cualquier grupo identitario!

A pesar de que puede leerse como algo de sentido común, debo aceptar que nunca había considerado el tema de esta manera hasta que leí el texto y tuve que pararme a reflexionar un momento. Por mucho tiempo había dejado que mi visión de lo religioso fuese guiada por las malas experiencias que yo había tenido, lo cual, en cambio, me estaba frenando de intentar acercarme a la situación de una manera más constructiva o menos confrontativa. Detenerme a considerar que no podía reducir todo lo religioso a mi experiencia particular fue algo que me ayudó a iniciar el desaprendizaje que debía realizar y que continuaría haciendo en el transcurso de las distintas jornadas.

Como en la siguiente, donde Juan Marco Vaggione nos habló de las distintas posturas sobre la relación entre la Iglesia y el Estado. Entre lo mucho que se planteó esa jornada, me quedé con el hecho que es importante hacernos una revisión crítica para no antagonizar o pensar en términos unidimensionales sobre las personas que promueven los fundamentalismos religiosos. Al hacer eso, nos privamos de entender el trabajo que ellos realizan al movilizar el miedo y estudiar nuestras posiciones para saber cómo contrarrestarlas no solo desde un punto de vista religioso, sino también haciendo uso del lenguaje de derechos humanos. De la misma manera en la que las narrativas de estos grupos han ido evolucionando, las de nosotras deben hacerlo también. Quedarnos estancadas en una sola forma de pensar la situación por la que atravesamos no ayudará a que logremos más rápido lo que buscamos.

Por último, considero que fue fundamental haber escuchado y aprendido de las demás compañeras que sí tienen una fe y que eso no las detiene de realizar su activismo feminista y/o desde cualquier otra trinchera. Es por eso por lo que también considero que el Ciclo me hizo reconocer y valorar a las compañeras que están trabajando en crear ese puente entre la religión y los feminismos, y el cual es importante no invisibilizar. El ejemplo más claro de ello en nuestro país son las Ecuménicas por el Derecho a Decidir, a quienes admiro profundamente por la labor que realizan al promover los derechos de las mujeres desde las distintas expresiones de fe que tienen sus integrantes.

Esto me ayudó a comprender que la religión y lo religioso no siempre ha sido -ni es totalmente- algo que reprime y castiga a quienes se salen de la norma. Saber que hay sectores dentro de estas religiones que están dispuestos a posicionarse desde la liberación y los derechos humanos del pueblo, y no tanto desde las cúpulas de poder que tanto daño nos han hecho, me hizo sentirme esperanzada sobre el futuro y las posibilidades de alianzas políticas que se podrían realizar.

La lucha y la esperanza de que otros mundos son posibles nos mueven. Parte de ello, y algo que no podemos dejar a un lado, es seguir cuestionando desde dónde y por qué nos posicionamos de la manera que lo hacemos. En vista de ello es que me alegra haber podido estar expuesta a distintos puntos de vista en esta ocasión sobre un tema que suele ser tan sensible, ya que fue así como pude repensar mis acciones y discursos. Espero, de ahora en adelante, posicionarme más seguido desde la escucha activa y la empatía cuando se hable sobre religión, para así poder seguir construyendo juntas el país que tanto nos merecemos.

Andrea Rosales